

Marta Ariaga, mi madre

Una vez nos pidieron, en mi nuevo colegio, que llenáramos un formulario sobre nuestros antecedentes familiares : número de hermanos, actividad del papá, de la mamá, etcétera. En el casillero que decía profesión del padre, yo escribí panadero. Mis compañeras se rieron de mí. Todas lo habían llenado, orgullosamente, con las títulos de abogado, ingeniero, médico... ¡ El papá de la Josefina es panadero ! Se secreteaban¹ y me miraban de soslayo². Cuando le conté a mi madre, palideció : le temblaba el labio superior como sólo le sucedía en momentos de mucha ira³.

- ¡ Cómo se te ocurre poner eso ! Empresario⁴ deberías haber escrito.

¡ Empresario !

No volvió a dirigirme la palabra en toda la tarde. Estaba atosigada⁵ con esa furia impotente que no va dirigida a nadie, sino a la vida en general, cuando las cosas no son como uno quisiera.

La diferencia entre mi madre y yo frente a la pobreza es que a mi no me deshonoraba⁶ ; yo la veía como un estado pasajero, una enfermedad que no deja rastros⁷.

Cuando empecé a mostrar dotes musicales, pedí clases en el Conservatorio de Música. Mi padre lo consideró un capricho y riéndose me dijo : «¿ Y de dónde, Josefina ? ¿Con qué dinero ?» Mi madre, en cambio, lo tomó muy en serio. Lo que hoy me apena es que, si se esforzó, no fue por amor a la música o por hacerme feliz. No, su afán⁸ estaba dirigido a vislumbrar la posibilidad de un camino por donde yo podría llegar a ser «alguien». Durante tres años mi madre vendió huevos y queso, casa par casa, para pagar el famoso Conservatorio.

¡ Marta Aliaga le puso tanto empeño⁹ para que yo me deslizara¹⁰ suavemente hacia el mundo de los ricos ! Pero su empeño y su ansiedad producían en mi tropezones¹¹ y no deslizamientos; me ponía en guardia, me hacía sentir que era un privilegio estar allí. No era algo natural.

Cuando gané ese primer premio en el Festival de la Canción de Viña del Mar sin que nadie lo esperase - menos que nadie, yo -, y salté a la «celebridad» de la noche a la mañana, lo agradecí casi exclusivamente por mi madre : era mi regalo por su voracidad, también fue para ella mi pensamiento cuando tuve la carátula¹² de mi primer disco en las manos. Bien por ella, me dije. Podría haber dicho, lisa y llanamente¹³, bien por su arribismo. Pero... no es nada fácil para una hija reconocer los defectos de su madre, menos uno tan feo. En mi opinión, le he retribuido con creces¹⁴. No me siento en deuda¹⁵ con ella. Primero fue el canto. Y luego, lo que coronó todas sus ambiciones : Andrés. Muy en el fondo, pienso, la fama sola no le bastaba. Era la suma de esa fama con el prestigio lo que la llevaría, por fin, a la serenidad. Y eso le regalé al casarme con Andrés Valdés. Por fin la he hecho feliz.

Marcela SERRANO (chilena) - *Antigua vida mía* - 1995

¹ secretearse : hablar en secreto

² mirar de soslayo : regarder du coin de l'oeil

³ la ira : la cólera

⁴ un empresario : un chef d'entreprise

⁵ atosigada : irritada

⁶ deshonorar : déshonorer

⁷ dejar rastros : laisser des traces

⁸ un afán : un deseo muy fuerte

⁹ el empeño : l'acharnement

¹⁰ deslizarse : se glisser

¹¹ un tropezón : un faux pas

¹² la pochette (d'un disque)

¹³ lisa y llanamente : tout bonnement

¹⁴ con creces : largement

¹⁵ una deuda : une dette